

Donde hay absolutismo (monárquico, militar, revolucionario, populista), no existe democracia. Todo poder desmesurado acaba en desvarío.

Gobernante absoluto

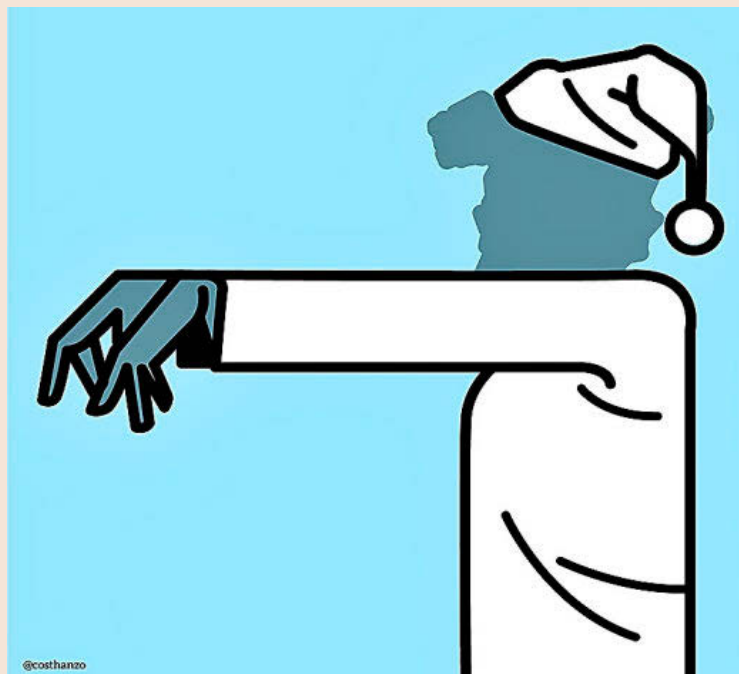
Luis Meana

Avanza acelerado el siglo, cercado cada vez más por los graves dilemas/incertidumbres que llevaron al predecesor a su fatídico destino, pesadilla histórica de la que Europa creía haberse librado para siempre. En esas turbulencias, España cumple siete años de sonambulismo. Pasivos unos (la ciudadanía), activos otros (nuestras funestas élites). Bailoteando todos al borde de una caldera hirviendo (por utilizar la expresión con la que el *premier* Lloyd George resumió cómo Europa se había precipitado a la Gran Guerra) y contemplando cómo se deteriora gravísimamente la democracia que tanto costó conseguir. En medio de ese peligroso bailoteo saltó a la pista de Sevilla el primer bailarín de este PSOE socialdemocráticamente herético. Gran *happening* de idolatría al líder con el fin de masajear el entusiasmo bastante alicaído de los comilitones atiborrándolos con oráculos falsos. Parafraseando a Heródoto: que el cielo está por debajo de la Tierra, que la Tierra flota en el éter, y que, gracias a esa magia populista, España vivirá un nuevo paraíso. Idolatría que brota de una viejísima raíz hispana: la gran admiración que los españoles sienten por el pícaro. Héroe de arrabal que, con su planta, labia falsa y descaro total para el engaño, llega a convertirse en actor central de la comedia política.

Evidentemente, ese narcisismo tiene escasa tracción: es un tambor de hojalata. Expresado concisamente, el sanchismo viene a ser a la socialdemocracia clásica lo que el Palmar de Troya al Vaticano. Mucho obispo falso y una gran “pitanza” de dineros e instituciones. Consecuencia, un país dilucidando el gran enigma: cómo

ha sido posible que un hombre así haya llegado al poder (y se sostenga). Respuesta plausible 1: por su compulsión a ser un dios terrenal, alucinación que le fascina a él y más a sus seguidores, encantados de su “servidumbre voluntaria” (La Boétie). Respuesta plausible 2: por la propensión humana a rendirse al hipnotizador que siempre aparece en las crisis históricas. Como ésta. Hay otras conjeturas, pero mejor dejarlas.

Buscando las causas que condujeron a la inmensa catástrofe del nacimiento, el gran historiador F. Meinecke explicó que el siglo XX europeo llegó a ese paroxismo arrastrado por las dos grandes fuerzas motrices del XIX: socialismo y nacionalismo. Hitler fue la fusión (contra-natura) de esos dos ímpetus antagónicos. Lo expresa su mismo nombre: nacional-socialismo. Aquel socialismo extravagante prometió a los alemanes el bienestar material y político que les había negado Weimar, democracia consumida por la miseria y la hiperinflación. Y su agresivo nacionalismo aseguró que devolvería a Alemania al puesto preeminente que debía tener entre las naciones-estrella (enterrando para siempre la “paz ominosa” de Versalles). Lo que, sin embargo, sobrevino fue la monstruosidad total. *Mutatis mutandis*, lo que el Congreso de Sevilla propuso a los españoles, para superar las fuertes deficiencias de nuestra democracia, es una alambicada variante de esa fusión de nacionalismo y socialismo: el engendro Frankenstein, construido –como en la ficción literaria de Shelley– con los restos de cadáveres históricos pero en versión hispana: nacionalismo feudal-reaccionario (vasco y catalán) más una macedonia de socialismos/comunismos/populismos incompatibles entre sí. Ya advirtió Platón que las naves se van a pique por la ineptitud de ciertos timoneles, que ignoran las cuestiones de máxima importancia y, sin el menor conoci-



miento de la navegación, se sienten todopoderosos. Añadió, siglos después, Weber: niños/niñatos que se atreven a poner su mano sobre la rueda de la Historia acaban despedazados por ella.

La Gran Mentira

Lo que la idolatría de Sevilla ha tratado de vender *urbi et orbi* es una Gran Mentira: el villancico de que en el humilde pesebre de España ha nacido el Gran Hombre. Mago portador de la salvación histórica que nos va a llevar de nuevo a la verdadera democracia, frustrada, según él/ellos, por el “descarrio/traición” de la Transición. ¿Cuál es la fórmula milagrosa de este Titán de Madera?: el Progresismo. Mantra sagrado (más bien “meme”) que lo soluciona/justifica todo. ¿Dónde está el truco?: en que ese Progresismo es un Absolutismo regresivo de formato fundamentalista-cortesano. O la esencia del sanchismo: el Gobernante Absoluto. En términos de sus propios hermeneutas, el “puto amo”. El “1”. Anacronismo reaccionario en el que los privilegios del poder prevalecen sobre sus deberes. Consecuencia, la aberración: un “monarca” absoluto pero democráticamente “ungido”, un “príncipe” sin corona pero con las prerrogativas ilimitadas/caprichosas del gran autócrata, un mandamás que proclama tener una legitimidad superior a cualquier otra: el Progresismo, la sangre más azul de cuantas existen. Esa es la nueva fuente “divina” del poder. Esa divinización napoleónica, por la

que se autoproclama señor/dueño de todo, le permite (cree él) hacer lo que le dé la gana: reducir al Parlamento a un cadáver exangüe tras succionarle, por vampirismo, toda su soberanía (“gobernar con o sin Parlamento”); convertir a los contrapoderes (especialmente al Judicial) en instancias inermes, mudas y ciegas (“¿de quién depende la fiscalía?”); transformar derechos inalienables en graciosa merced de su voluntad todopoderosa (“porque le place”); conceder amnistías, excarcelar/endiosar terroristas, regalar cupos o privilegios económico/fiscales, fulminar la acusación popular. Toda esa verborrea de progreso es pura teología política, una pseudo-religión narcisista con un único dogma: Él, Gran Guía. Fundamento de todo, instancia superior a todo derecho/norma. O la condición feroz de Hobbes: manda quien impone su fuerza (aunque sea fraudulentamente). El enfrentamiento es la esencia y motor de su existencia política. De esa metamorfosis sale un Rey Sol republicano. Que en vez de ser el “primer servidor del Estado” muta “al Estado soy yo”. Un neo-patrimonialismo político que lo vuelve propietario real de la voluntad de la nación.

El problema de toda esa quincalla teológica es que desdeña que la democracia moderna consiste en lo contrario: en acabar “con el Uno” (formulación de C. Lefort), en abolir todo monoteísmo político. Donde hay absolutismo (monárquico, militar, revolucionario, populista), no existe democracia. Sino tiranía, es

decir, puro poder sin filtros ni contenciones (Racionalidad y Ley). Sin poderes/instituciones contrapuestas y libres no hay legitimidad democrática. Esa “de-sustanciación” política origina un Estado en depravación. Como se está viendo. Advirtió Schiller: se puede sacrificar todo a un Estado, excepto el Bien de la Humanidad [...]. Si la constitución de un Estado impide el desarrollo de las potencialidades/riquezas humanas, es decir el avance del espíritu, esa constitución debe ser rechazada. Reflexión que ya habían adelantado los eminentes teólogos españoles del siglo XVI-XVII: aceptar, sin rebelarse, una dominación autocrática es propio de pueblos/sociedades bárbaras.

Siglos antes ya lo había explicado Aristóteles. Las autocracias/tiranías no buscan el bien de la comunidad, sino el provecho particular del tirano. Se cae en ellas por oligarquías desmesuradas o democracias radicalizadas. De las que heredan sus vicios. Resumidamente: las autocracias dañan gravísimamente a las polis/naciones; fomentan la adulación y a los aduladores; viven de la manipulación y las demagogias; detestan a los ciudadanos razonables por incómodos/peligrosos para el sátrapa; estimulan la codicia y esquilmán fiscalmente a los súbditos; utilizan constantemente el engaño y se adornan cínicamente de exquisitos ropajes morales: el autócrata teatraliza su gran preocupación por el bien común (que desdeña) y se presenta, no como el déspota que es, sino como el rey modélico que finge ser. Como déspota, cumple siempre la antigua recomendación del tirano Trasíbulo al tirano Periandro: cortar toda espiga que sobresalga, o sea, acabar con todo/todos los que destaquen. Tipo Gregorio Ordóñez. Según Aristóteles, las autocracias sobreviven gracias a tres condiciones: súbditos que piensan poco; pasividad de los subordinados; azuzar la desconfianza/odio entre conciudadanos.

Moraleja: todo poder desmesurado acaba en desvarío. En *hybris* destructora. Engrandecer a quien es de condición temeraria, añadiendo poder a su osadía, lleva a finales trágicos. Los absolutismos políticos, lejos de ser solución, son catástrofe. Explicó el gran Tocqueville: “en una revolución, como en una novela, lo más difícil es inventar el final”. Como se está viendo. O en palabras de C. Schmitt, en otro contexto, “la verdad se venga”.

Escritor

Expansión

DIRECTORA ANA I. PEREDA

DIRECTORES ADJUNTOS: Manuel del Pozo, Iñaki Garay

Subdirector: Pedro Biurrun. **Desarrollo digital:** Amparo Polo. **Corresponsal económico:** Roberto Casado. **Redactores jefes:** Mayte A. Ayuso, Juan José Garrido, Tino Fernández, Javier Montalvo, Emelia Viana, Clara Ruiz de Gauna, Estela S. Mazo, José Orihuel (Cataluña) y Miguel Ángel Patiño

Empresas Víctor M. Osorio / **Finanzas/Mercados** Laura García / **Economía** Juan José Marcos / **Opinión** Ricardo T. Lucas / **Directivos** Nerea Serrano Nueva York Sergio Saiz / **Londres** Artur Zanón / **Comunidad Valenciana** Julia Brines / **Diseño** César Galera / **Edición** Elena Secanella



EDITORIA

Unidad Editorial Información Económica, S.L.U.
Avenida de San Luis, 25 (28033 Madrid)
Teléfono de contacto: 91 443 50 00

ADMINISTRADORES

Marco Pompignoli
Laura Múgica

DIRECTORA DE NEGOCIO

Chary Serrano

COMERCIALIZACIÓN DE PUBLICIDAD

Unidad Editorial, S.A.

DIRECTOR GENERAL DE PUBLICIDAD

Sergio Cobos

